

Crónica de una vocación

Erick Jeffrey Londoño Ruiz

La historia de Roger Alexander Reyes Rojas comienza antes de que él mismo reconociera la fuerza de su vocación. Empieza en aquellas tardes de infancia en las que su madre llegaba con historietas y cuentos, sin imaginar que estaba sembrando en él una raíz profunda. A través de esas páginas, Roger descubrió que las palabras tenían un poder silencioso: podían resistir el paso del tiempo, podían sobrevivir al olvido. Desde ese entonces, aunque él no lo supiera aún, empezó a formarse el deseo de escribir para dejar huellas indelebles, para conquistar una forma íntima de eternidad.

Al graduarse del Colegio Salesiano de León XIII —lugar que más adelante lo recibiría de regreso como docente—, Roger ingresó a la Universidad Nacional de Colombia.

Allí, rodeado de libros, descubrió que su vida estaba inevitablemente entrelazada con la literatura. Lo que comenzó como una costumbre de lectura se transformó en una forma de entenderse a sí mismo. Ser escritor no surgió por ambición, sino como un acto profundamente humano: dejar constancia de lo vivido, fijar lo que la memoria puede traicionar, proteger las experiencias de la desaparición. Y también como una herencia materna, una continuidad de las semillas que ella había plantado con cada cuento entregado en su niñez.

La docencia, sin embargo, no fue su camino inmediato. No quería repetir la senda de sus padres maestros. Trabajó en la industria editorial, oficio al que todavía vuelve cuando el tiempo y los proyectos lo buscan. Pero la vida, que rara vez se


equivoca cuando insiste, terminó llevándolo a las aulas. Se vinculó primero a la Uniminuto en un proyecto de evangelización, luego fue trasladado a CEPLEC, y allí, rodeado de palabras, procesos lectores y estudiantes, entendió que ya era profesor sin habérselo propuesto. Como dice el mismo “pero nunca digas “de esta agua no beberé” agregando que “sin querer queriendo” terminó revelando lo que realmente era: un maestro de vocación.



Regresar al Salesiano de León XIII como docente de Lengua Castellana para los grados de noveno a once significó para él un círculo que se cerraba. Desde el aula donde alguna vez aprendió, ahora enseñaba. Y en ese regreso descubrió que la docencia no es un oficio heredado por mandato, sino una identidad que se construye en la práctica diaria: explicando, escuchando, equivocándose y volviendo a intentar.

Si se le pidiera definir su filosofía educativa, Roger la resumiría en una sola palabra: equilibrio. El equilibrio entre la exigencia y el afecto, entre la autoridad y la cercanía, entre lo planeado y lo inesperado. Para él, la enseñanza es un arte de medida y sensibilidad. “Ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbre”, repite a menudo, imponer, sino acompañar con la cantidad justa de luz.

En su visión, la educación tiene un propósito mucho más grande que transmitir contenidos: debe formar seres humanos, inspirar valores, salvar —si es posible— de la indiferencia, de las crisis y de las sombras que rodean a las nuevas generaciones. Educar, para Roger, es transformar. Por eso cree que si un estudiante recuerda, años después, un concepto, una emoción o incluso una anécdota vivida en clase, ya se ha logrado algo valioso. Si recuerda su



esencia como maestro, entonces el propósito está cumplido.

Quienes han sido sus estudiantes lo perciben así. Uno de ellos lo describe con palabras que reflejan lo que, a Roger, no le gusta decir de sí mismo: “Lo conocí durante un semestre completo y descubrí a un docente dedicado, alguien que busca siempre una chispa de inspiración al enseñar. Habla con verdad, con crudeza cuando hace falta, pero también con una bondad que se siente auténtica. Cree profundamente en el aprendizaje por experiencias, y en cada relato deja ver que su vida ha sido un camino de descubrimientos propios”. Este mismo estudiante recuerda la historia de una lesión que Roger sufrió en un partido de fútbol por accidente. En vez de culpar al joven, reforzó su relación con él. No hubo regaños ni reproches; hubo comprensión. Enseñar desde el amor, incluso en la realidad más dura, es lo poco que queda de verdadera bondad en la docencia, dice con admiración.

No todos los encuentros con estudiantes son fáciles. Hay quienes

buscan aprender y otros que llegan con actitudes hostiles. Con los primeros, Roger adapta su metodología, repite explicaciones, cambia ejemplos, vuelve sobre lo esencial. Con los segundos, intenta primero el diálogo, y si no funciona, recurre a lo reglamentario. El aula de hoy exige PIAR, DUA, acompañamiento psicosocial, evaluaciones diferenciadas... herramientas que evidencian la diversidad del mundo estudiantil. Para él, lejos de ser una carga, representan la oportunidad de comprender múltiples realidades.

Uno de los desafíos más grandes que enfrenta es la velocidad con la que avanzan las tecnologías y la pérdida de respeto hacia la profesión docente. La sociedad ha ido debilitando la figura del maestro, volviéndola blanco de burlas o prejuicios. Roger insiste en que hay que devolverle la dignidad y la admiración que merece. El trabajo del maestro no es menor: es formativo, emocional, ético y humano.

A lo largo de su carrera ha visto pasar estudiantes que lo han marcado profundamente. La joven que hoy presenta deportes en televisión; la que se dedica a la política; el niño de quinto que le entregó una carta que todavía conserva; la alumna cuyo cuaderno era tan impecable que parecía una obra de arte. Y también están las huellas más duras —como la fractura en el partido— que muestran que enseñar es también arriesgar el cuerpo y el corazón. Pero quizá los recuerdos más valiosos son los de aquellos estudiantes catalogados como “problema”. Como decía Don Bosco, “no hay jóvenes malos; solo jóvenes que no saben lo buenos que pueden llegar a ser”. Roger tiene el don de ver esa bondad oculta. Uno de sus logros más conmovedores fue un estudiante de ingeniería civil con grandes dificultades para escribir. Después de incontables tutorías, logró un 4.0 en su trabajo final y lloró de la alegría. “Ese ensayo debe estar enmarcado en su habitación”, dice recordando ese día con emoción.

Como escritor, Roger también ha construido un camino significativo. Publicó Poética del

dolor, un libro donde la palabra se vuelve exploración íntima. En 2023 ganó el concurso de cuento breve y poesía de la UGC con “Cantaba” y en 2025 fue jurado seleccionando a los nuevos ganadores. Su vida, en ese sentido, fluye entre dos vocaciones que se retroalimentan: enseñar y escribir.


Cantaba

02

Roger Alexander Reyes Rojas

Cantaba. A eso era a lo que se dedicaba esa señora. Cantaba de oficio, aunque no era cantante. Era una convencida, eso sí, tanto como Josefina la cantora. Es más, podríamos decir que chillaba. La gente que pasaba por su lado, que subía o bajaba el puente, a veces, le dejaba una moneda de sobra en su tarro metálico. ¡Plinc! Una moneda. ¡Plinc, plinc! Dos de cien. Y la mujer seguía cantando, con sentimiento, con envidia, con alma. Completamente desafinada. Yo la tuve que padecer varias veces. Nunca le di monedas a la pobre. Yo a veces tampoco tenía ninguna en los bolsillos. ¡Qué mal cantaba! En serio. No tenía afinación ni tempo ni matices ni idea de

La espiritualidad es su refugio. Cuando la docencia lo desborda, regresa a sí mismo para encontrar la calma. Sabe que la salud mental y emocional son esenciales, aunque la vida a veces se encargue de recordarlo a través de pequeñas transformaciones de problemas psíquicos en síntomas orgánicos de manera involuntaria, que terminan siendo gripa. Si pudiera hablarle a su yo del pasado, no le diría nada distinto a lo que hoy predica a sus estudiantes: equilibrio, fe, amor por la vocación, honestidad y humanidad. Porque una sociedad



mejor no nace de discursos, sino de personas que trabajan día a día para mejorar el mundo desde sus propias trincheras.

Así, entre relatos, cuadernos, cicatrices y poemas, Roger Alexander Reyes Rojas ha descubierto que su vida está hecha

de palabras y experiencias que coinciden en un mismo punto: enseñar desde la autenticidad y escribir desde el alma. No eligió la docencia de inmediato, pero la vida lo llevó a ella. Y hoy enseña aquello que lo salvó desde niño: la palabra, con toda su fuerza y su poder transformador.